

plantas olorosas.» Por las mejillas se entiende todo el rostro y todo lo que en español llamamos *faces*; el cual dice que es tan hermoso y tan bien asentado de gentil parecer y gracia, cuanto lo son y parecen unas eras de yerbas y plantas aromáticas puestas por gentil orden y criadas con cuidado y regalo, como se crían y ponen en Palestina y Oriente, donde la esposa habla y donde se da esta yerba más que en otra parte. Pues como son hermosas estas yerbas en igualdad y parecer, así lo es, y no menos agraciado, el rostro del esposo; y así añade: «De plantas olorosas.»

Dice más: «Los labios como azucenas.» Dioscórides, en el capítulo que trata de ellas, confiesa que hay un género de ellas coloradas como un carmín, á las cuales se entiende en este lugar ser semejantes los labios del esposo, que no sólo eran colorados, sino olorosos también; y por eso añade: «De los cuales se destila mirra que corre;» esto es, fina y preciada, como habemos dicho.

Es muy digno de considerar aquí el grande artificio con que la rústica esposa loa á su esposo; porque los que mucho quieren encarecer una cosa, alabando y declarando sus propiedades, dejan de decir los vocablos llenos y propios, y dicen los nombres de las cosas en que más perfectamente se halla aquella propiedad y calidad de lo que loan, lo cual da mayor encarecimiento y mayor gracia á lo que se dice; como lo hace aquel gran poeta toscano, que habiendo de loar los cabellos, los llama oro; á los labios, rosas ó grana; á los dientes, perlas; á los ojos, luces, lumbrés ó estrellas; el cual artificio se guarda en la Escritura Sagrada más que en otra del mundo; y así, vemos que aquí la esposa procede de esta manera. Porque, diciendo de los ojos que son de paloma, dice más que si dijera que eran hermosos; y las mejillas como las hileras de las plantas, las loa más que si dijera parejas iguales y graciosas; y por el mismo tenor alaba las manos, diciendo:

«Las sus manos como rollos de oro que viene de Tar-

sis.» En lo cual alaba la gracia y composición de ellas, por ser largas y los dedos rollizos, tan lindos como si fuesen torneados de oro, y la piedra tarsis, que se llama así de la provincia donde se halla, es un poco entre roja y blanca, según la pinta un hebreo antiguo llamado Alvenecio; y según esto, da á entender la esposa las uñas en que se rematan los dedos de las manos, que son un poco rojas y relucientes, como lo son las piedras preciosas de Tarsis. Y por tanto, las manos en su hechura y con sus uñas son como rollos de oro rematados en tarsis, que diciendo aquí de las manos que son como rollos de oro, solamente habla de la hechura y gracia de ellas; que del color ya ha dicho que son blancas y coloradas cuando arriba dijo: «Mi esposo blanco y colorado.» Luégo dice por el mismo estilo y semejanza de hablar:

«El su vientre blanco diente, adornado de zafiros.» Su vientre, esto es, su pecho y sus carnes, blanco diente; esto es, marfil que se hace de los dientes de los elefantes, que son blanquísimos. «Adornados de zafiros,» que son piedras de gran valor, bermejas algo al parecer, que es decir: Todo él es pulido, y así lucido y resplandeciente como una piedra de marfil blanquísima cercada de piedras preciosas.

«Las sus piernas, columnas de mármol fundadas sobre basas de oro fino;» en que se muestra la firmeza y gentil postura y proporción de ellas; y habiendo loado á su esposo tan en particular como habemos dicho y visto, señalando su belleza por sus partes desde la cabeza hasta los piés, torna, como no bien satisfecha de lo dicho ni de las señas dadas, á comprehender en breves palabras lo que ha publicado; y ahora mucho más, diciendo:

«El su semblante como el del Libano;» en que muestra con harta significación la majestad, hermosura y gentil postura del esposo, como lo es cosa bellísima y de gran demostración de majestad un grande monte alto, cual es el Libano, de espesos y deleitosos árboles, al parecer de los que le miran de lejos. Dice más:

«Erguido como cedro.» En nuestro castellano, loando á uno de bien dispuesto, suelen decir: Dispuesto como un pino; que así el pino como el cedro son árboles altos y bien salidos. Donde decimos *erguido*, la palabra hebrea *tob* quiere decir escogido, y es propiedad de aquella lengua llamar así á los hombres altos y de buen cuerpo, porque á la verdad, la disposición los diferencia y hace como escogidos entre los demás. Así dice en el primero de los *Reyes* el capítulo 9, del padre de Saúl, que tenía un hijo llamado Saúl, que era escogido y bueno, esto es, hermoso y bien dispuesto, como de hecho lo era Saúl. Asimismo en el capítulo 11 del *Ecclesiastes*, donde dice la letra vulgar: «Huélgate, date al placer, ándate á la flor del berro, mancebo, en la juventud; que presto te se pedirá cuenta estrecha;» está la misma palabra, que es decir: «Huélgate, erguidillo;» en lo cual, como se ve claro, el Espíritu Santo usa de un donaire por el cabo bellissimo, que siendo su intento en aquellas palabras, usando de una artificiosa y fingida simulación, y como pervirtiéndolas, debajo de alargarles la vanidad á los mancebos, escarnece de su liviandad, que se andan siempre al buen tiempo, y cogiendo, como dicen, la flor del berro, desacordándose de lo que está por venir y les puede suceder; así que, siendo el intento del Señor reprender mofando el desacuerdo de los mancebos y amenazallos con pena, no les llama con el nombre propio de su edad, sino llámalos *erguidos*, usando del nombre que declarase al natural el brío, altivez y lozanía, que es la fuente de donde nace no mirar ni curar lo que está por venir, y aquel coger sin rienda y sin medida el fruto del deleite y el pasatiempo presente, que tanto reprehende.

Pues tornando á nuestro propósito, concluye la esposa finalmente, diciendo: «El su paladar;» esto es, su habla *dutzuras*; esto es, dulcísima y suavísima; «y todo él deseo;» esto es, amable, y tal, que convida por todas partes á que le deseen y se pierdan por él los que le ven. «Tal es

mi amado y tal es mi querido, hijas de Jerusalén;» como si añadiendo dijese: Porque veáis si tengo razón de buscarle y de estar ansiosa en no hallalle.

Sabidas las facciones y señas por aquellas dueñas de la esposa, y conociendo con cuán justa razón la tenía el esposo enamorada, y se atormentaba y acuitaba por su ausencia, y moviéndolas agora á compasión su tormento, con el deseo de remedialle, piden de nuevo á la esposa que, si sabe, les diga hacia dónde cree ó imagina haberse declinado su amado, porque se lo ayudarán á buscar; y así dicen: «¿Á dónde fué tu amado, bellissima entre las mujeres? ¿Hacia dónde se volvió tu amado, y buscarle hemos contigo?» Á lo cual parece que responde en lo primero del capítulo que se sigue, diciendo:

CAPÍTULO VI.

ESPOSA.

1 El mi amado descendió á los huertos míos, á la tierra de los aromas, á apacentar entre los huertos y coger las flores.

2 Yo al mi amado, y el mi amado á mí, que apacienta entre las flores.

ESPOSO.

3 Hermosa eres, amiga mía, como Tirsa, bella como Jerusalén, terrible como los escuadrones con banderas tendidas.

4 Vuélvete los ojos tuyos que me hacen fuerza. El tu cabello como las manadas de cabras que se parecen en Galaad.

5 Tus dientes como atajo de ovejas que suben del lavadero, las cuales paren de dos en dos, y no hay estéril en ellas.